

# EL SUJETO SOCIAL DE LA INSURRECCION POPULAR: La Revolución Sandinista\*

Carlos M. Vilas  
Managua, Nicaragua

Una de las cuestiones interesantes de las guerras de liberación y las revoluciones sociales del Tercer Mundo es que las luchas por profundas transformaciones sociales e, incluso, por un horizonte socialista, no tienen como fuerza principal a un partido proletario ni a organizaciones donde la clase obrera constituye el componente principal. El protagonista fundamental de estos movimientos es, antes bien, un complejo conjunto de clases y grupos populares—artesanos, campesinos, semi-proletarios, jóvenes, pobres de la ciudad y del campo—donde la clase obrera no es un componente mayoritario. Este perfil social propio de las revoluciones y guerras de liberación del Tercer Mundo obedece en definitiva al modo en que el capitalismo se desarrolló en estos países, articulándose a formas no capitalistas de producción y circulación, su-bordinándolas pero sin eliminarlas plenamente.

Este artículo presenta una caracterización del sujeto social de la insurrección popular con que culminó la Revolución Sandinista en 1979. Entiende por *sujeto social* al participante real de la insurrección, como síntesis de determinaciones socioeconómicas y políticas—ocupacionales, familiares, habitacionales, ambientales, etc. Se trata de un concepto descriptivo que se construye a partir de las manifestaciones concretas de estos elementos: tiene por lo tanto un referente de clase social, pero no reduce el sujeto a la clase. El tipo de capitalismo desarrollado en Nicaragua y la existencia de una férrea dictadura durante más de cuatro décadas produjeron, como en otras revoluciones de liberación nacional del Tercer Mundo, un sujeto cuyos componentes obreros se articulan en un vasto espectro de situaciones de pequeña propiedad y aguda pobreza, inestabilidad social general y opresión dictatorial.

\*Este trabajo es una versión resumida de un texto más amplio presentado en el XV Congreso Latinoamericano de Sociología (Managua, octubre 10–14, 1983) con el título “El sujeto social de la insurrección popular y el carácter de la Revolución Sandinista.”

PRODUCCION Y CLASES EN NICARAGUA ANTES DE LA REVOLUCION

Incorporada al mercado internacional junto al resto de Centroamérica como exportador de materias primas, Nicaragua experimentó un desarrollo lento de las fuerzas productivas y de la organización capitalista de la producción. Su relevancia fue escasa hasta prácticamente la década de 1950. Las inversiones extranjeras fueron de monto reducido en comparación a las que se llevaron a cabo en los otros países del istmo. El enclave de plantación no existió con la magnitud que registró en Honduras, Panamá, Costa Rica o Guatemala, y la explotación minera tuvo relevancia escasa y relativamente breve; tampoco hubo grandes inversiones en infraestructura, como las que se efectuaron en Panamá. En consecuencia tampoco se desarrollaron grandes concentraciones obreras como las que hubo en esos países en torno a los polos de actividad extranjera.

El desarrollo cafetalero desde fines del siglo diecinueve y sobre todo en el período 1920–40 impulsó la formación de una burguesía agraria y la constitución progresiva de un proletariado agrícola, limitado éste empero, por la baja densidad de población, por la existencia de una amplia frontera agrícola y por el carácter estacional de buena parte del empleo. La proletarianización de la fuerza de trabajo por la expropiación del campesinado estuvo acotada por estos elementos y fue, hasta tiempos relativamente recientes, un movimiento de reducida magnitud en el que además la temporada de empleo asalariado alternaba con la subsistencia en pequeñas parcelas, en lo que ha sido denominado “asalariado marginal” (Wheelock 1976, 71–72).

El auge algodonero y posteriormente la expansión ganadera aceleraron este proceso. El censo de población de 1971 cifró el proletariado rural permanente en casi 110,000 trabajadores, o sea 42 por ciento de la población económicamente activa del sector, indicando la profundidad y celeridad de las transformaciones capitalistas experimentadas en las décadas de 1950 y 1960.

La fuerte estacionalidad del empleo agrícola repercutió en la intensidad del proceso de proletarianización, llevando a la clase trabajadora a “sufrir de forma estructural un proceso de *proletarianización-desproletarianización*, o mejor dicho, ésta es una de las formas peculiares del proceso de proletarianización del modelo capitalista agroexportador” (O. Núñez 1980, 39). La configuración de la estructura productiva dependiente de unos pocos cultivos de exportación (café, algodón, azúcar) repercutió en la población trabajadora, además, induciéndola a movimientos migratorios en función del calendario de cosechas y del emplazamiento espacial de las actividades agrícolas. A comienzos de la década de 1960 el flujo de migración temporal para las cosechas se estimaba en casi

120,000 personas por año, y en 1970 en alrededor de 200,000: casi 75 por ciento de la población ocupada en el campo (O. Núñez 1980, 47).

Hasta fines del decenio de 1950, el capitalismo se desarrolló fundamentalmente como un fenómeno rural, articulado a formas mercantiles simples de producción, impulsando un proceso lento y estacional de proletarianización de la fuerza de trabajo. En la década siguiente el panorama cambió, pero sin alterar la primacía dinámica de la agroexportación. La creación del Mercado Común Centroamericano abrió la economía nicaragüense a un movimiento de inversiones industriales en plantas de montaje y elaboración de productos agropecuarios. Su carácter limitado, sin embargo, contribuyó poco a la introducción de modificaciones en el funcionamiento general de la economía urbana, que siguió caracterizada por el gran peso del comercio y los servicios y, en particular, por una enorme cantidad de pequeñas unidades de actividad.

La participación de la industria en el producto interno bruto subió de 16 por ciento en 1960 a 22 por ciento en 1970. El capital extranjero incrementó rápidamente su presencia en el sector, y en general en el conjunto de la economía; la inversión extranjera directa creció de u\$s 18.7 millones en 1959 a u\$s 76.3 millones en 1969. En el sector industrial el aumento fue de u\$s 5.3 millones (28 por ciento de toda la inversión extranjera directa) a u\$s 41 millones (casi 55 por ciento del total) (De Franco y Chamorro 1979). La irrupción de la industria y, con ella, del capital extranjero, no alcanzó empero para cambiar significativamente el paisaje económico urbano. Una gran cantidad de pequeños establecimientos, muchos de ellos simples talleres artesanales, coexistía con unos pocos establecimientos fabriles grandes. Todavía en 1979 el 73 por ciento de las establecimientos industriales ocupaba a menos de treinta trabajadores cada uno, y la mitad de ellos, a menos de diez (INEC 1979).

La ampliación del parque industrial tampoco significó una modificación del perfil dominante de actividad económica de la población. La PEA industrial bajó de 27 por ciento del total a principios de la década de 1960 a 20 por ciento en 1971; consiguientemente el comercio y los servicios incrementaron su población activa conjunta de 55 por ciento del total a 65 por ciento. El sector terciario siguió albergando, bien que con limitaciones marcadas, al crecimiento poblacional de las ciudades y, sobre todo de Managua.

Entre 1950 y 1971, Managua casi cuadruplicó su población, pasando de menos de 110,000 habitantes a casi 400,000. La falta de sectores productivos que dieran empleo a esta masa creciente de gente, la carencia de infraestructura, y otros factores semejantes, aceleraron la tugurización de la ciudad e introdujeron elementos de refuerzo a la

terciarización de la vida urbana y a las condiciones paupérrimas de existencia para la mayoría de la población. El terremoto de diciembre 1972 complicó más aún este panorama y ahondó su desarticulación general. Además de los miles de muertos y heridos, la catástrofe dejó sin trabajo a 57 por ciento de la PEA de la ciudad y forzó el desplazamiento del 60 por ciento de la población total; 75 por ciento de las viviendas quedó destruído—la mayoría perteneciente a familias de ingresos medios y bajos—y lo mismo ocurrió con 95 por ciento de los talleres y fábricas pequeñas (INCAE 1973). La catástrofe dejó en la calle a las masas trabajadoras de la ciudad—sin casa, sin trabajo, sin pertenencias personales, con una tremenda tensión emocional, a merced de la arbitrariedad y la prepotencia de la Guardia Nacional y de la dictadura.<sup>1</sup>

El cuadro 1 ofrece una perspectiva del tipo de empleo preva-  
lente en los momentos iniciales del desarrollo del capitalismo indus-  
trial en Nicaragua: fuerte gravitación de los servicios personales y las  
actividades mercantiles (en conjunto un tercio de la población ocu-  
pada), marcada presencia de ocupaciones de tipo artesanal, posible-  
mente con un sólido entrelazamiento respecto del pequeño comercio  
(testimonio de una reducida división social del trabajo), y un proleta-  
riado de magnitud en extremo reducida. En general, un claro predom-  
inio de las actividades de menor grado de formalización, carentes de  
pautas generales e institucionales de disciplina—o con pautas poco de-  
sarrolladas—y que reposan fuertemente en la iniciativa, los recursos y  
las características personales del agente.

La diversificación ocupacional, como expresión del tipo domi-  
nante de división social del trabajo, se manifiesta asimismo como dife-  
renciación laboral entre los sexos. Las mujeres, que significan 30 por  
ciento de la PEA ocupada de Managua en esa época, constituyen 70 por  
ciento de los trabajadores en servicios personales, 55 por ciento de los  
vendedores y comerciantes, 37 por ciento de los empleados y oficinistas,  
24 por ciento de los artesanos y operarios, y sólo 14 por ciento de  
los obreros y jornaleros, acentuándose en ellas los rasgos preindus-  
triales de la ocupación urbana.

Este perfil de actividad se articula con tasas de desempleo relati-  
vamente altas, que se hacían sentir de manera más fuerte en algunas  
actividades que en otras, especialmente en los sectores productivos. En  
1975 casi la mitad de los desempleados eran artesanos y obreros y jor-  
naleros, y más de la mitad en la fuerza de trabajo masculina de ambas  
categorías.

Casi 40 por ciento de los trabajadores percibía la remuneración  
de su fuerza de trabajo de manera diaria o semanal, pero estas formas  
regían para casi 85 por ciento de los obreros y jornaleros y más de 70  
por ciento de los artesanos y operarios. La inestabilidad de los ingresos,

EL SUJETO SOCIAL DE LA REVOLUCION SANDINISTA

C U A D R O 1 Empleo urbano a mediados de la década de 1970, por categoría ocupacional (en % del total)

Categorías	1974*		1975**
	Total***	Managua	Managua
Profesionales y técnicos	11.0	12.1	10.7
Gerentes, administradores y directivos de la administración pública	2.9	3.3	4.0
Empleados de oficina y afines	11.0	12.2	15.8
Comerciantes, vendedores y afines	14.4	14.0	15.4
Agricultores, ganaderos y afines	2.2	0.8	1.1
Conductores de medios de transporte y afines	6.6	6.2	6.3
Artisanos, operarios y otros (hilanderas, modistas, carpinteros, albañiles, mecánicos y afines)	27.1	26.0	22.2
Obreros y jornaleros	6.5	7.6	6.8
Trabajadores en servicios personales y afines	18.0	17.7	17.6
Otros****	0.3	0.1	0.1
Total	100.0	100.0	100.0

\*INCAE (1975)

\*\*OEDEC (1975)

\*\*\*Managua, Masaya, León y Estelí

\*\*\*\*Incluye a los que buscan trabajo por primera vez.

así inferida, parece haber sido mayor en la fuerza de trabajo masculina que en la femenina, ya que las formas de pago quincenal y mensual abarcaban a 51 por ciento de los hombres y a 76 por ciento de las mujeres.

Ingresos inestables, y por añadidura de monto reducido y desigualmente distribuido. El cuadro 2 presenta la situación de los ingresos semanales, que constituyen la forma de remuneración de un tercio de la población ocupada urbana. Más de dos terceras partes de esos ingresos no alcanzaban a los 300 córdobas (poco más de u\$s 40), pero en algunas

categorías ocupacionales los remunerados por debajo de ese nivel eran aún más: 83 por ciento de los artesanos, 86 por ciento de los prestadores de servicios personales, 96 por ciento de los obreros y jornaleros.

El concepto de *pobreza*, como síntesis de fuerte desempleo, empleo inestable, mala vivienda, carencia de servicios básicos, ingresos bajos e inseguros, expresa la condición de vida de la gran mayoría de las masas trabajadoras urbanas de Nicaragua. Al mismo tiempo, califica al proceso de proletarización que impone a esas masas el tipo de capitalismo dependiente y agroindustrial que se escenifica en el país a mediados de la década de 1970. Un proceso de proletarización en el cual una clase obrera pequeña, que labora en un número reducido de unidades empresariales modernas, no está aún plenamente diferenciada del resto de los trabajadores urbanos ni por su modo de inserción en las relaciones de producción ni por sus condiciones generales de vida, y donde una enorme y multifacética diferenciación, encadenamiento y articulación de actividades, oficios, prestaciones y habilidades, formales e informales, expresan en su conjunto la subordinación de las masas trabajadoras a la dinámica del capital.

Lo que se denomina *proletariado* todavía hoy en Nicaragua responde en general a este momento de la proletarización de la fuerza de trabajo y está constituido así, sobre todo por estas masas trabajadoras subordinadas en sus prácticas ocupacionales a la valorización del capital, más que por una clase obrera en sentido estricto:

Proviene de familia campesina, humilde y trabajadora. Transcurrió su vida en un ir y venir de penurias como toda la clase proletaria de nuestro pueblo bajo el régimen corrupto y explotador de la dinastía somociana. El compañero T. era comerciante de verduras entre la capital y Bluefields. . . . La viuda e hijos de T. todavía viven . . . cerca del mercado donde T. trabajó para mantenerlos (Smutko 1980, 9).

La extracción de clase de M. era proletaria; don Ricardo [su padre] era técnico electricista y su mamá, costurera (IES 1982, 213).

. . . Ambos son de extracción proletaria y trabajaron varios años como obreros de la ciudad y del campo cuando no había trabajo en la ciudad. No tuvieron acceso a la educación superior. . . . H. fue mecánico de desmotadoras, soldador y cortador de algodón. . . . Su padre . . . era picapedrero y su madre . . . ama de casa. R. . . . fue carpintero, albañil, zapatero, cortador, sembrador y cinchoneador de tabaco. Su padre . . . trabajó en carpintería. . . . Su madre, era una campesina, analfabeta (*Barricada*, 2 de febrero 1983).

Su abuela materna vendía carne, y su madre . . . sigue en ese mismo oficio en el enorme Mercado Oriental de Managua. Su padre también es de origen proletario: de joven trabajó como limpiabotas, albañil y luego maestro de obra (testimonio recogido en Randall 1980, 39).

Pasar estos cinco meses como viven los campesinos, comer, exponernos como ellos, nos incrementó el amor hacia el proletariado. . . . (testimonio de un alfabetizador, *El Nuevo Diario*, 13 de octubre 1980).

C U A D R O 2 Distribución de la ocupación urbana según ingreso semanal (%)

Ingreso*	1974		1975	
	Total**	Managua	Total**	Managua
Menos de 100	32.1	26.3	25.5	19.2
100 a 299	45.0	46.4	46.1	46.2
300 a 999	17.5	20.0	22.4	26.7
1000 y más	5.4	7.3	6.0	7.9
Total	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: INCAE (1975 y 1976)

\*Córdobas por semana

\*\*Managua, Masaya, León, Estelí

Soy de una familia obrera: mi papá es electricista y mi mamá modista (testimonio recogido en Randall 1980, 197).

Mi papá era estudiante de derecho, de extracción proletaria, hijo de una empleada doméstica. . . . Mi mamá, también de extracción proletaria, hija de un carpintero y su esposa. Mi mamá era bien pobre, pues trabajaba en una tienda, vendiendo. . . . Ella tuvo una venta. (testimonio recogido en Randall, 1980, 95).

Esta caracterización y este modo de ver como proletarios a estos grupos y fracciones no constituyen una peculiaridad de Nicaragua, sino que son propios de estos incipientes estadios del capitalismo.<sup>2</sup> Pero es una caracterización que depende de una perspectiva de clase; pues si desde el ángulo popular y revolucionario ellos son vistos como proletariado, desde la perspectiva de la burguesía son enfocados como empresario:

Queremos resaltar una vez más, que de la población económicamente activa del país, que es de 800 mil personas, más de 200 mil son autoempleados o propietarios de una parcela de tierra o dueños de un taxi o de un camión; pequeños industriales o artesanos; dueños de pulperías o tienditas; empresarios grandes o pequeños; o simplemente profesionales. Todos ellos son sector privado. . . . Asimismo el sector privado juega un papel muy importante en el comercio nicaragüense. El pulpero de Matiguás, así como el comerciante de ropa del Centro Comercial Managua, contribuyen a generar empleos, a la vez que a distribuir los productos e inclusive, a recaudar impuestos para los gastos del gobierno. Más de 65 mil pequeñas pulperas y viveras existen en el país. Todas ellas desempeñan, no solamente la función económica de comprar y vender, sino una función social que está arraigada en nuestra historia. . . . El pequeño empresario . . . es una parte vital de nuestra economía. Nicaragua está hecha de pequeños empresarios (Dreyfus 1982).

Consideramos empresario a toda aquella persona que crea un bien o un servicio para la comunidad en forma organizada, sin importar el tamaño del mismo. Tan empresaria es aquella mujer que vende en los mercados populares, como los que producen. Tan empresario es el que maneja una pequeña pulpería, como una cadena de supermercados (Dreyfus 1983).<sup>3</sup>

Este choque de caracterizaciones contradictorias es una forma de expresarse el enfrentamiento de las clases antagónicas del capitalismo en una sociedad donde la polarización capitalista de las clases (burguesía contra proletariado) está lejos de haber culminado, y donde el proletariado y la burguesía están aún en proceso de diferenciación respecto de estos agentes del desarrollo social. Proletarios desde la óptica revolucionaria, empresarios desde la perspectiva burguesa, una y otra caracterización ilustran la ambigüedad esencial de estos grupos "intermedios" de la pequeña propiedad y la pequeña producción, y la falta de un horizonte propio. En esta ambigüedad estructural, los factores de cambio y de conservación, de rebeldía y de sumisión, se articulan y coexisten. Unos prevalecerán sobre otros de acuerdo al desenvolvimiento de las contradicciones entre los polos antagónicos de la sociedad, y a la práctica política de las organizaciones que las expresan e impulsan.<sup>4</sup>

#### EL SUJETO SOCIAL DE LA INSURRECCION POPULAR

Este es el perfil real del pueblo nicaragüense: una compleja muchedumbre trabajadora de artesanos, campesinos, semiproletarios, vendedores, gentes de oficio, gentes sin oficio, jornaleros, estudiantes, pobres de la ciudad y del campo, de cuyo seno el proletariado va diferenciándose poco a poco—la forja de donde emergió el sujeto social de la revolución sandinista y de la insurrección popular con que ella culminó.

La creación, luego, del triunfo revolucionario, de un programa de pensiones y subsidios para familiares de combatientes, colaboradores, etcetera, caídos en la guerra de liberación contra la dictadura somocista, abre la posibilidad de acceder a una información bastante amplia sobre el origen social de los participantes y de sus familias, su ocupación, forma de vida, educación formal, etcetera, y de reconstruir a partir de ella la fisonomía concreta de los protagonistas de la etapa final de la lucha revolucionaria.<sup>5</sup>

La extrema juventud de los participantes se advierte en el cuadro 3. El 71 por ciento tenía, en el momento de morir, entre quince y veinticuatro años, una proporción más de tres veces más alta que el peso de ese mismo grupo de edad en la pirámide demográfica (20 por ciento). El papel predominante de la juventud en la lucha contra la dictadura somocista ha sido analizado ya (véase por ejemplo O. Núñez 1982) y dentro de un momento, efectuaremos algunos señalamientos al respecto.

El predominio absoluto de los hombres es llamativo y contrasta con la imagen prevaleciente sobre el grado de participación de la mujer en la lucha revolucionaria, sobre todo en la insurrección final. En reali-



C U A D R O 3 *Edad y sexo de los participantes*

<i>Edad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>	
			<i>N</i>	<i>%</i>
Menos de 15 años	10	1	11	1.4
15 a 19 años	187	14	201	31.0
20 a 24 años	229	14	243	40.0
25 a 30 años	113	10	123	19.0
31 a 40 años	48	1	49	7.0
41 años y más	11	2	13	1.6
Total	598	42	640	100.0
	(93.4%)	(6.6%)	(100%)	

dad, las cifras del cuadro 3 no cuestionan esa participación, pero sugieren que la incorporación de la mujer a la lucha se llevó a cabo, en la mayoría de los casos, a través de formas y modalidades distintas, que no son registradas por el tipo de información que se analiza aquí. Más que en el combate directo, la participación de la mujer parece haber tenido lugar fundamentalmente en tareas de apoyo: correo, casas de seguridad, abastecimiento de alimentos y medicinas, ocultamiento y trasiego de armas, atención de hospitales clandestinos, y similares.<sup>6</sup>

Más de la mitad de los participantes (54 por ciento) son hijos ilegítimos; casi la mitad (47 por ciento) se crió y vivió hasta aproximadamente los doce años en familias de una sola cabeza—la madre en casi todos los casos.<sup>7</sup> Se trata asimismo de una cabeza de familia que, por razones ocupacionales, debe pasar gran parte del día fuera del hogar. Los niños se crían acompañados por otros niños—hermanos,<sup>8</sup> amigos, primos—bajo la mirada distante de una vecina, o el fárrago del mercado donde la madre (y muchas veces también los niños) trabaja. La proporción de familias con una sola cabeza—sobre todo, con cabeza femenina—es muy alta incluso para los patrones de estructuración familiar prevaleciente en la sociedad nicaragüense. De acuerdo a la Encuesta Demográfica Nacional de 1978, de un total investigado de 6,600 jefes de familia, unos 1,500 eran mujeres, alrededor de 23 por ciento. Es decir que entre los combatientes de la insurrección hubo el doble de jóvenes crecidos en familia de una sola cabeza que en el conjunto de la población.

La cuestión tiene, sin dudas, un enmarcamiento de clase. En una investigación sobre los barrios “marginales” de la Managua pre-terremoto se halló que 48 por ciento de los jefes de familia encuestados eran mujeres (Tefel 1978, 52, 58). Más recientemente una investigación sobre los menores trabajadores en las calles de Managua (vendedores ambulantes, cuida carros, y semejantes) señala que de 334 responsables de

hogar, 58 por ciento son mujeres, y solamente 54 por ciento de los menores trabajadores vive en un hogar con ambos padres (CTM/INSSBI 1983).

Estos datos sugieren algunas hipótesis que, aunque no pueden ser desarrolladas dentro de los alcances de este trabajo, resulta importante explicitar. Si, como afirma la psicología, la familia es el ámbito donde el ser humano entra en contacto por vez primera y en edad muy temprana con la autoridad, parece posible plantear que una proporción muy alta de los participantes en la insurrección y en las etapas finales de la lucha tuvo sus primeras experiencias de desarrollo psicosocial en familias donde el componente autoritario parece haber sido diferente y haberse expresado de manera distinta que en los estereotipos dominantes de la familia burguesa o la familia patriarcal. El esquema autoritario de unas relaciones adulto-niño de tipo vertical e inmediato parece aquí desplazado o por lo menos conjugado con un esquema de relaciones de tipo horizontal entre iguales (las relaciones entre niños ocupan una gran parte del día), en familias con una sola cabeza como imagen de autoridad que además pasa mucho tiempo fuera del hogar o dedicada a actividades que la alejan de una atención directa de los niños, atención que suele delegarse en la abuela u otro adulto. Los niños en consecuencia viven buena parte de su infancia en interacción básicamente con otros niños, en la casa o en la calle o el mercado, pero en todo caso con un control adulto relativamente distante, espacial o afectivamente.<sup>9</sup>

Esta modalidad específica de este tipo de familia en su función generadora de imágenes de autoridad se articula con las debilidades de otras agencias tradicionales de control social. El elevado analfabetismo y las altas tasas de deserción ponen a la institución escolar fuera del alcance de las clases populares. La figura de la maestra—la imagen convencional de la *segunda madre* de la ideología escolar de la burguesía latinoamericana—como referente de autoridad fue ajena a las tempranas experiencias de la infancia popular.<sup>10</sup>

Algo similar habría ocurrido con la iglesia. De acuerdo a una investigación en los barrios más pobres de Managua, la actitud prevalente en la población parece haber sido entre indiferente y crítica:

En total 30.9% de los jefes de familia contestó que sólo va “de vez en cuando” a la iglesia o templo, y 13.5% nunca. La práctica religiosa de los que concurren al templo de vez en cuando obedece, más que a una convicción profunda, a un ritualismo social que gira alrededor de ciertos acontecimientos importantes, como bautismo, matrimonio, muerte. Una parte considerable de los jefes de familia tiene una actitud crítica frente a la iglesia jerárquica, aunque quizás no con el rigor y la crudeza de la juventud (Tefel 1978, 136–37).

Una encuesta socioreligiosa . . . revela “una opinión pública desfavorable a las estructuras eclesiásticas. Así veía a la Jerarquía: “Anquilosada, conservadora,

estática, avanzada en edad, apática, negativa, desunida, poco accesible al pueblo, parte de la cual lo desconoce e ignora. Representa el inmovilismo. . . ." La opinión expresada a través de esa encuesta sobre el clero diocesano es también crítica. Se señala "la falta de diálogo y su poco *aggiornamento*, permaneciendo en un estado de anquilosamiento ideológico; marginado por la jerarquía y por el pueblo!" También se nota que "sólo buscan su propio interés económico" y su "poca sensibilidad social ante los problemas de su feligresía." La crítica no es sólo para la Iglesia jerárquica sino también para la Iglesia como "pueblo de Dios." Al leerseles a los encuestados la afirmación de que "la mayoría de los que van a la iglesia no practican lo que oyen," el 68.8% se manifestó de acuerdo y el 15.9% expresó tener dudas. Solamente 11.7% rechazó la afirmación. Es decir que sólo estos últimos encuentran una correspondencia lógica entre el culto religioso y la vida de los que asisten a él (Tefel, 136-37).

Podría argumentarse a partir de estas consideraciones que la capacidad de la iglesia para desempeñarse como agencia de reproducción ideológica del orden social imperante parece haber sido reducida respecto de estos sectores populares. Después del terremoto de Managua, el desarrollo de prácticas pastorales inspiradas en las nuevas corrientes del cristianismo latinoamericano, la renovación de los cuadros sacerdotales, la atención prestada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional a las organizaciones de cristianos de base redujeron más aún esa capacidad, y en cambio abrieron un ámbito de cuestionamiento a la dictadura somocista y a las injusticias sociales (Argüello 1979).

El panorama en materia de organizaciones políticas y comunales es de similar desolación. La investigación dirigida por Tefel en los barrios de Managua revela la inexistencia de organizaciones comunitarias y patronatos escolares, o el completo desconocimiento de ellas por la gente de los barrios. Los clubes juveniles o similares tampoco parecen haber existido.

Los partidos políticos no contaban en estas zonas pobres de la ciudad con organizaciones de base de carácter permanente: "Los partidos nuevos no han penetrado todavía en forma masiva en el cinturón de miseria, y los partidos históricos, liberal y conservador, por su naturaleza electorera, sólo se movilizan durante las campañas electorales creando en los barrios comités efímeros que desaparecen después de las elecciones. La actividad partidista en los barrios es sumamente baja y limitada" (Tefel 1978, 159).

En virtud de estos elementos, puede plantearse como hipótesis que el contacto con la autoridad debe haberse dado en los sectores populares, sobre todo en su relacionamiento conflictivo con los aparatos represivos del Estado somocista (como víctimas o forzados testigos de su prepotencia, su corrupción, sus abusos) y en edades en que ya la estructura básica de la personalidad está configurada. Una represión que se introduce violenta en el horizonte cotidiano de la vida de la gente: "Cuando chavalo [niño] en mi barrio había una cantina que era

de una señora gorda—que le pegaba a su marido—, le decían la cantina de los Dimas. Entonces en esa cantina había pleitos de bolos [borrachos], la guardia llegaba y malmataba a los bolos. Esa es la primera impresión que yo tengo de la Guardia. Los golpeaban, eran unos salvajes golpeándolos en la cara con las culatas. Se miraba la sangre . . .” (Cabezas 1982, 11).

El aislamiento de la Guardia Nacional respecto de estas masas populares debe haber incrementado el peso de su presencia represiva ante los ojos—y las espaldas—de la gente. Booth (1982, 57) ha llamado la atención respecto de la estrategia somocista de aislar a la Guardia de la población civil. Los miembros de la Guardia (oficiales y tropas) y sus familias vivían en general en repartos o barrios distintos y mantenían relaciones sociales fundamentalmente entre sí con el fin de incrementar la unidad interna y, según Booth, reducir sus escrúpulos respecto de la represión a los civiles, convirtiéndose en los hechos en “a detested and feared occupation army within its own national territory” (Booth 1982, 57).

Parece claro que estos elementos de tipo psicosocial no bastan para explicar la rebelión de la gente, su incorporación a la lucha. Pero también puede plantearse que en estas condiciones el componente opresivo del orden social y político puede hacerse más perceptible. La arbitrariedad del ejercicio del poder político-militar de la dictadura, el carácter indiscriminado—y al final, genocida—de la represión, se hacen sentir de manera más directa y generalizada en las clases populares y convierten a la rebeldía activa y a la participación en la lucha revolucionaria en una cuestión defensiva, de vida o muerte.

El cuadro 4 presenta el perfil ocupacional de los participantes en la insurrección. Los estudiantes indudablemente constituyen la primera fuerza,<sup>11</sup> seguidos por las “gentes de oficio,” una categoría que engloba a artesanos, talleristas, trabajadores por cuenta propia en una multiplicidad de ocupaciones, habilidades y tareas productivas y de reparaciones: zapateros, mecánicos, albañiles por contrato, fontaneros, muebleros, comideras, hojalateros, barberos, sastres, carpinteros y otros. Los asalariados constituyen en conjunto 32 por ciento del total, pero no parece conveniente incluir en la misma categoría a los oficinistas y empleados junto con los obreros y jornaleros porque las diferencias ocupacionales expresan aquí diferencias de clase más profundas. Por otro lado, una proporción importante de los “obrerros y jornaleros” son aprendices o trabajadores en los que la relación salarial no implica un divorcio respecto de instrumentos de producción. La presencia de obreros es baja no sólo respecto de los estudiantes y trabajadores de oficios, sino también respecto de lo que podría esperarse de acuerdo a algunas caracterizaciones de la insurrección. Es importante señalar sin embargo que la proporción de obreros y jornaleros en la lucha es más del doble

CUADRO 4 *Ocupación de los participantes*

<i>Ocupación</i>	<i>Porcentaje</i>
Estudiantes	29.0
Gentes de oficio (artesanos, talleristas, comideras, planchadoras, transportistas, mecánicos, carpinteros, hojalateros, colchoneros, zapateros, fontaneros, reparadores, etc.)	22.0
Obreros y jornaleros	16.0
Empleados y oficinistas	16.0
Técnicos, profesionales, maestros, profesores	7.0
Pequeños comerciantes, buhoneros	5.0
Campeños, agricultores	4.5
Otros	0.5
Total	100.0 (N = 542)
(Ignorados)	98)

que su participación en la estructura ocupacional urbana (cf. cuadro 1). Finalmente la reducida participación de campesinos y agricultores es consistente con el carácter eminentemente urbano de los tramos finales de la lucha.

Este panorama es coherente asimismo con el que emerge de una muestra adicional de 113 casos extraídos de biografías de militantes y dirigentes sandinistas, listas de prisioneros de la dictadura y testimonios de participantes y observadores, y que figura en el cuadro 5. Es interesante destacar el mayor peso que adquieren aquí los grupos intelectuales—estudiantes, y más aún maestros, profesores, técnicos y profesionales—y los de origen campesino, mientras la participación obrera es mucho más reducida que en el cuadro 4. Una hipótesis explicativa de estas diferencias podría referirse al tipo diferente de participante en uno y otro caso: mientras la información del cuadro 4 se refiere fundamentalmente a lo que podríamos llamar las bases de la insurrección, la información contenida en el cuadro 5 presenta una mayor presencia de cuadros dirigentes, militantes destacados, y en un período que comienza mucho antes de la insurrección.

La marcada inestabilidad ocupacional y de ingresos de las masas trabajadoras se advierte con nitidez en los participantes en la insurrección

C U A D R O 5 *Ocupación de un grupo escogido de participantes\**

<i>Ocupación</i>	<i>Porcentaje</i>
Estudiantes	31
Gentes de oficio, artesanos, trabajadores domiciliarios	17
Técnicos y profesionales, maestros y profesores	17
Campeños y agricultores	13
Obreros y jornaleros	8
Pequeños empresarios, buhoneros y pequeños comerciantes	8
Empleados y oficinistas	6
Total	100

\*El grupo consiste de 113 casos extraídos de biografías de militantes y dirigentes sandinistas, listas de prisioneros de la dictadura y testimonios de participantes y observadores.

ción y en sus familias. Un combatiente fue, en el lapso de no más de tres años, repartidor de pan, joyero, obrero estacional en las empresas bananeras y cartero. Otro fue carpintero, albañil, trabajador agrícola estacional y zapatero. La madre de un combatiente caído en Masaya “alquila revistas e inyecta.” Una campesina madre de ocho hijos y viuda de un combatiente combina el cultivo de maíz en su finquita con la preparación y venta de comida y el trabajo temporal como obrera agrícola en los cafetales. Un combatiente muerto en Masaya fue maestro de enseñanza primaria, vendedor de pan, aprendiz de zapatero y profesor de enseñanza media. Otro fue maestro rural y empleado de motonaves en el río Rama. Otro más fue ebanista, obrero fabril, albañil, mueblero y, en el momento de morir, dueño de un pequeño taller mecánico. Otro fue mecánico, obrero agrícola estacional y soldador.

El fuerte peso del artesanado y gentes de oficio en general se acentúa cuando se presta atención a la ocupación de los padres de los participantes. La presencia del pequeño comercio y del campesinado es sustancialmente mayor en los padres de los participantes que en los participantes mismos, pero a la inversa, el componente obrero es sensiblemente menor.<sup>12</sup>

En el cuadro 6 se presenta la situación ocupacional de los padres de los participantes. En todos los casos el origen predominante es artesanal y de oficios; sumado éste al origen comercial y pequeño empresario, se tiene entre la mitad y dos tercios de los participantes de cada uno de los principales grupos ocupacionales.

La extracción pequeñoburguesa y de clase media es mayor entre los estudiantes; más de 80 por ciento tiene ese origen. De acuerdo a esto, la decisiva incorporación de los estudiantes a la lucha revolucio-

C U A D R O 6 *Ocupación de los padres de los participantes (%)*

<i>Ocupación de los padres</i>	<i>Participantes</i>			
	<i>Total</i>	<i>Estu- diantes</i>	<i>Gentes de oficio</i>	<i>Obreros y jornalos</i>
Gentes de oficio	39.0	35.0	45.5	46.0
Campesinos, agricultores	19.0	13.0	15.0	15.0
Pequeños empresarios, buhoneros, pequeños comerciantes	17.0	15.0	16.5	16.0
Empleados y oficinistas	9.5	14.0	11.0	
Técnicos, profesionales, maestros, profesores	9.5	17.0		
Obreros y jornaleros	5.0	4.0	5.0	12.0
Otros	1.0	2.0	7.0	11.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0

(N = 390)

naría no habría sido exclusivo efecto de elementos conocidos (la rebeldía propia de las jóvenes generaciones, su mayor exposición a procesos históricos críticos, la inestabilidad propia de quienes carecen aún de un modo definido de inserción en el orden social establecido<sup>13</sup>) sino que asimismo habría expresado los factores de tensión y las contradicciones de sus clases de origen, con todas las mediaciones—familiares, sicosociales, etcetera—del caso.

La amplia presencia de estudiantes es coherente con el origen histórico del FSLN y con el amplio espacio para el reclutamiento político que conquistó tempranamente en los centros educativos. El estudiantado fue visualizado por el FSLN como un elemento particularmente estratégico de agitación y movilización, dados el carácter reducido del proletariado industrial, la debilidad de sus organizaciones, el enfoque reivindicacionista que prevalecía en ellas:

En nuestro país existe un proletariado industrial muy joven, que todavía se encuentra desorganizado sindicalmente en su abrumadora mayoría, lo cual, en la actualidad, limita su capacidad de lucha. Asimismo, el movimiento campesino con reivindicaciones clasistas, data de los años recientes. Por razón de un proceso dialéctico, es el sector del pueblo constituido por los estudiantes el que con mayor entusiasmo acoge en la primera etapa los ideales revolucionarios. Durante cierto período, los estudiantes deben ser la fuerza que ha de encabezar la lucha popular (Fonseca 1981, 137).<sup>14</sup>

Además, escuelas, colegios, universidades constituyen el punto de encuentro de masas estudiantiles pequeñoburguesas que, fuera de ellos, carecen de otros ámbitos de confluencia por el carácter individual

de sus ocupaciones y por el fracturamiento de sus formas de reproducción social. La escuela se convierte en el espacio donde estos sectores pueden superar el aislamiento recíproco a que los confina su modo de existencia material; en este sentido, cumple una función equivalente a la de los mercados en el ámbito de la circulación mercantil.

Por su lado, 62 por ciento de los participantes obreros también es hijo de gentes de oficio y de pequeños comerciantes, buhoneros, pequeños empresarios. De alguna manera, estos resultados permiten apreciar, desde el ángulo de este estudio, un momento concreto del proceso de proletarización de estas fracciones "intermedias" o pequeño-burguesas en dos generaciones de cada familia. Asimismo, estos resultados son compatibles con análisis socioeconómicos del impacto del desarrollo industrial a partir de la década del 1960, que señalan la rápida descomposición del artesanado y del pequeño comercio por efecto del avance del capital industrial y comercial local y extranjero (De Franco y Hurtado de Vijil 1978).

Por último el cuadro 7 presenta una aproximación regional a la situación ocupacional de los participantes. Para facilitar la lectura se destaca en cada departamento el grupo de mayor peso relativo o los dos mayores. Los resultados son consistentes con las características socioeconómicas de cada lugar. Los estudiantes aparecen como la fuerza principal en siete departamentos: Managua y León, sedes de la Universidad Nacional; Rivas, teatro de operaciones del Frente Sur, donde el reclutamiento estudiantil por la vía de Costa Rica parece haber sido alto; el resto, departamentos cuyas cabeceras concentran contingentes importantes de estudiantes de secundaria. Las gentes de oficio predominan en cuatro departamentos, si bien solamente en dos tienen la primacía (Masaya y Zelaya). Los obreros y jornaleros, y los campesinos aparecen como fuerza importante en tres departamentos cada uno. Los grupos de clase media intelectual y de pequeña burguesía oficinista tuvieron una presencia bastante reducida en todos los departamentos, aunque no tan exigua como los vendedores, pequeños comerciantes y similares.

Es importante destacar que los únicos tres casos en que los obreros aparecen como una fuerza de peso relevante se trata de departamentos agrícolas; esto lleva a pensar que se está en presencia de trabajadores del campo o agroindustriales (café en Matagalpa y Carazo, azúcar y algodón en Chinandega) más que de obreros industriales. De alguna manera este desigual involucramiento del proletariado urbano y del proletariado rural estaría explicando el desigual grado de desarrollo de la convocatoria insurreccional en una y otra fracción de la clase obrera. La organización de los trabajadores del campo es un espacio creado y desarrollado indisputablemente por el FSLN desde varios años antes



del triunfo revolucionario. Carazo y Chinandega figuran precisamente entre los departamentos donde más temprano comenzó el trabajo político del FSLN con los obreros agrícolas. La Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) se creó en 1977 en el departamento de Carazo y rápidamente comenzó a impulsar movilizaciones laborales y ocupaciones de tierras, sobre todo en Carazo y Chinandega. En cambio, el trabajo político en el movimiento obrero industrial recibió una atención menor y más tardía (Talavera 1979), y además tuvo que enfrentarse a la reticencia u oposición de las dirigencias sindicales y políticas de la izquierda tradicional y del socialcristianismo a una estrategia de lucha revolucionaria:

Nuestra historia registra intentos de vinculación directa con las clases trabajadoras del país desde 1963, con las huelgas de los estibadores de Corinto, en las mismas empresas textiles de Somoza. Pero también en aquel entonces los que se sentían con las patentes de los sindicatos, una vez que ubicaban la inclinación política de nuestros organizadores, no vacilaban en señalarlos en las asambleas públicas como militantes del FSLN que pretendían, decían, “llevar a los trabajadores a una muerte segura, a un método aventurero de lucha” y de esa manera conseguían en algunos casos y durante algún tiempo detener la integración de los trabajadores al proceso revolucionario” (Comandante B. Arce 1980, 19).

Y se hacían asaltos, ajusticiamientos, que la prensa reportaba porque eran acciones directas contra la dictadura; aquello era una osadía sin límites, una herejía política dentro del marco de los partidos políticos burgueses, el conservador y el liberal y, por supuesto, también el socialcristiano y el socialista. Estos últimos nos catalogaban de aventureros, de pequeño-burgueses, y en las asambleas universitarias nos recitaban párrafos de aquel libro de Lenin *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* (Cabezas 1982, 27).

En estas condiciones de manifiesta hostilidad, la aproximación del FSLN a los trabajadores debió llevarse a cabo más en los barrios—que por las razones señaladas anteriormente aparecían como un campo abierto al trabajo político sandinista—que en las fábricas, más en los centros de reproducción que en los de producción.<sup>15</sup>

El sujeto social de la insurrección y de los tramos finales de la lucha revolucionaria sandinista surge así con un carácter más popular, en el sentido amplio de masas trabajadoras, que proletario en el sentido estrecho. Más exactamente, surge con un perfil donde los componentes proletarios se articulan y entremezclan en un amplio y complejo espectro de situaciones de pobreza generalizada y muy aguda, y de inestabilidad e inseguridad en todas las dimensiones de la vida—coherente con la estructura socioeconómica del tipo de capitalismo que venía desarrollándose en el país.<sup>16</sup>

La pequeña producción y el trabajo personal no asalariado—lo que en este trabajo se ha venido denominando, por falta de un nombre

C U A D R O 7 *Ocupación de los participantes, por departamento (en %)\**

<i>Ocupación</i>	<i>Managua</i>	<i>Estelí</i>	<i>Masaya</i>	<i>León</i>	<i>Rivas</i>
Estudiantes	32	21	16	28	32
Técnicos, profesionales, maestros, profesores	6	6	9	8	4
Empleados y oficinistas	19	11	17	16	12
Obreros y jornaleros	13	15	10	16	11
Campeños y agricultores	2	30	15	10	18
Gentes de oficio	22	14	29	19	18
Pequeños comerciantes y empresarios, buhoneros	6	3	4	3	5
Total	100	100	100	100	100
(N)	(143)	(54)	(62)	(51)	(48)

\*Se destaca en cada departamento el grupo de mayor peso relativo o los dos mayores.

mejor, *gentes de oficio*—emergen claramente como la fuerza social principal en la insurrección. Ellas constituyen la mayor parte de los participantes directos y de los sectores socio-ocupacionales que engendran participantes. Es cierto que los estudiantes los superan como grupo de participación directa, pero a su turno estos estudiantes son mayoritariamente hijos de esa fracción social.

En principio, el proletariado no parece haber sido una fuerza cuantitativamente determinante. Sin embargo, su participación no debería ser minimizada. La presencia obrera en la insurrección fue dos veces mayor que en la estructura ocupacional urbana, algo que no ocurrió ni con las gentes de oficio ni con la pequeña propiedad. La presencia obrera fue así mayor en la lucha revolucionaria que en la economía, más determinante en la producción de la sociedad nueva que en la reproducción de la sociedad vieja. Este desfase entre una y otra puede explicarse, creo, por los elementos señalados más arriba—ámbito y modo de reclutamiento, desigual nivel del trabajo político.

El sector no productivo del asalariado—empleados, oficinistas y similares—tuvo una participación cuantitativamente similar a la del proletariado, y en algunos departamentos (Masaya, por ejemplo) se constituyó en el segundo grupo en orden de magnitud. Los grupos intelectuales—profesionales, maestros, técnicos—y sobre todo, el pequeño comercio que marca de manera tan fuerte el paisaje urbano nicaragüense—pulperías, pequeñas ventas y similares—tuvieron una participación insurreccional poco relevante.

El sujeto social de la Revolución Sandinista se aproxima así mucho más al de otras revoluciones de liberación nacional del Tercer Mundo que a la imagen prevaleciente en ciertos ámbitos de la izquierda

EL SUJETO SOCIAL DE LA REVOLUCION SANDINISTA

<i>Chinandega</i>	<i>Matagalpa</i>	<i>Zelaya</i>	<i>Carazo</i>	<i>Nueva Segovia</i>	<i>Resto</i>
21	29	15	33.0	12	15
4	6	15	..		15
15	18	8	8.5	---	5
26	24	8	33.0	---	15
13	6	15	8.5	76	25
19	11	31	17.0	12	15
2	6	8	--	---	10
100	100	100	100.0	100	100
(42)	(57)	(22)	(24)	(16)	(20)

académica de una revolución proletaria en el sentido de revolución *por* proletarios. Revolución popular y antiimperialista, asentada en las amplias mayorías del pueblo, es en el marco de la liberación nacional que las tareas anticapitalistas tienen en todo caso posibilidad de desarrollo.

El concepto de *pobreza* que circunscribe a este amplio y diferenciado espectro de grupos ocupacionales y clases y fracciones no se reduce al bajo nivel de los ingresos, al analfabetismo y la falta de enseñanza media y superior, a la pésima vivienda—es decir a *tener poco*, en una simplista aproximación cuantitativa al problema—sino que configura el marco global que define el modo de existencia de las masas populares bajo el tipo de capitalismo agroindustrial y dependiente de la década de los 70 en Nicaragua. Tenemos aquí una situación social cuyos forzosos protagonistas se encuentran sometidos a intensas y contradictorias presiones y tensiones, cambios profundos o por lo menos bruscos en el marco de una misma generación (migraciones, catástrofes, degradación económica, pérdida de la casa, del trabajo) que impactan directamente en la vida cotidiana de la gente y se traducen en una inseguridad general y, en el fondo, en la falta de un lugar bajo el sol.

La dictadura fue más que la forma de este tipo de capitalismo y de esta modalidad de proletarización laboral. El estado somocista operó sobre las tendencias estructurales de la sociedad nicaragüense que apuntaban a la desarticulación, aislamiento y desorganización de los trabajadores, reforzándolas mediante la represión. Pero al mismo tiempo, coadyuvó sin quererlo al progresivo desarrollo de una conciencia popular donde el rechazo a la miseria, a la falta de trabajo y de tierra, a una vida indigna se articuló con el repudio a sus componentes extraeconómicos: la arbitrariedad policíaco-militar, el poder omnímodo

del patrón, la inseguridad cotidiana. Como lo sintetizó un trabajador de Managua, "Antes, si uno quería hacer valer sus derechos, lo hacían papilla. De balde querían que uno trabajara."<sup>17</sup>

La inestabilidad laboral se conjuga y refuerza en estas condiciones con la inestabilidad en los ingresos, en la vivienda, en la familia; con el trabajo duro y sin recompensa; con la opresión de la dictadura que todo lo controla; con la inseguridad frente a la Guardia que todo lo reprime; con la arbitrariedad de la administración pública (botín privado de la camarilla gobernante) que todo lo corrompe. Todo ello en el encuadramiento más amplio de una sociedad cuyo presente y cuya historia no hacen sino agudizar la falta de horizonte de sus clases populares: invasiones extranjeras, estacionalidad ocupacional, empobrecimiento creciente.

El ascenso de la lucha revolucionaria y sobre todo el ya citado carácter indiscriminado finalmente genocida de la represión hicieron posible superar las divisiones y fracturas internas de estos sectores, el aislamiento recíproco producto de sus propias condiciones de vida, y unificarlas en el enfrentamiento al estado opresor. La rebeldía activa y la participación personal y directa en la lucha revolucionaria se convirtieron en una cuestión defensiva, de vida o muerte. Cuando ser víctima de la represión deja de ser algo que le sucede a otro—porque es "sandinista," o "agitador," o "subversivo," o porque de alguna manera se la busca al colocarse en una situación "distinta" a la de uno—y pasa a ser algo que le ocurre a cualquiera aunque se quede pasivo en la casa, quedarse pasivo en la casa ya no sirve como defensa. El miedo a la represión como algo extracotidiano se transforma en certidumbre cotidiana de la represión y abre paso a la necesidad de una defensa activa:

Yo le decía a mi tía: "Si a mí me permitieran pelear así (embarazada) yo peleo," porque de todos modos, si me quedaba en la casa me mata una bala o un roquet o una bomba, pues, de todos modos me muero (testimonio recogido por Maier 1980, 122).

Yo entré al Frente debido a que pensaba que íbamos a morir nosotros como pendejos (Maier 1980, 123).

Cada acción del Frente . . . provoca la incorporación de decenas de jóvenes dispuestos a morir peleando antes de dejarse matar impunemente.<sup>18</sup>

Nos despedimos de nuestras esposas, hermanas y madres con lágrimas en los ojos pensando que ya no regresaríamos, pero pensando siempre que mejor morir peleando que morir de rodillas pidiendo clemencia.<sup>19</sup>

. . . y yo les dije a mis chavalos que mejor se metían en el Frente, porque si no, de todos modos la Guardia me los mataba, por ser jóvenes no más, figúrese.<sup>20</sup>

## VANGUARDIA Y MASAS

Sobre todo en algunos ámbitos académicos se ha afirmado a veces para explicar el vertiginoso ascenso revolucionario nicaragüense entre 1977 y 1979 que Somoza fue algo así como el "enemigo ideal": el carácter profundamente corrupto y crecientemente represivo de su régimen terminó por aislarlo del conjunto de la sociedad y de buena parte de la comunidad internacional. Esto habría facilitado las cosas al FSLN, que pudo así actuar en un espacio abierto por los errores y la tozudez de su adversario.<sup>21</sup>

El argumento es trivial. También Trujillo debió haber sido un "enemigo ideal." ¿Por qué entonces la historia dominicana se desarrolló de manera tan diferente a la de Nicaragua? Tampoco fue un fenómeno inédito en las luchas populares latinoamericanas, la insurrección final; Colombia en 1948, Argentina en 1970 y 1971, vivieron explosiones insurreccionales de extraordinaria magnitud. ¿Por qué en estas situaciones la rebelión popular no condujo a la destrucción del estado dictatorial y a la constitución de un poder político de nuevo tipo? Más que por el carácter primitivo o los errores del enemigo, la respuesta a estas interrogantes pasa por la capacidad de las fuerzas opositoras para encontrar las estrategias y los instrumentos para potenciar la efectividad de su lucha.

El rechazo a la explotación social y a la opresión política no implica la automática incorporación de las masas a la lucha revolucionaria, o incluso la aceptación de la idea de la necesidad de un cambio revolucionario. Tampoco basta el desenvolvimiento de una crisis económica o el ejercicio de la represión. Abandonada a sus propios impulsos, la gente puede producir estallidos violentos, irrupciones dramáticas, espectaculares pero políticamente intransitivas. O bien, pueden optar por una respuesta evasiva: migrar, huir, cambiar de país. Es la articulación de las masas en una organización política revolucionaria la que abre la posibilidad de una lucha eficaz y otorga virtualidad transformadora a las rebeliones y protestas populares.

El terreno político de la Nicaragua de Somoza reproducía el panorama de contradicciones sin resolución para las masas. Los sucesivos pactos entre el Partido Conservador y la dictadura demostraban que no era en la oposición tradicional donde las masas populares podían expresar sus ansias de emancipación. La masacre del 27 de enero 1967 añadió a la evidencia histórica una ratificación trágica: el Partido Conservador aceptó primero la matanza de sus bases populares, que veían en él una alternativa a la dictadura, para luego pactar con el somocismo el acatamiento al fraude electoral y la incorporación subordinada a la periferia del estado dictatorial.

La incapacidad de la izquierda tradicional para insertarse en las

masas y plantear una estrategia revolucionaria acorde a las características reales de la sociedad nicaragüense, y la falta de interés del neoreformismo en hacerlo cerraban dichas posibilidades también por ese lado. Es posible plantear en este sentido, al menos como hipótesis, la existencia de un desfase ideológico relativamente marcado entre las bases y las dirigencias establecidas, de una incapacidad de las dirigencias para ligarse al modo efectivo en que las masas vivían la explotación social y la opresión política y de reconocer el nivel real de conflicto que ellas encerraban.<sup>22</sup>

El asesinato de Pedro Joaquín Chamorro (10 de enero 1978) fue el detonante que activó el estallido popular. La muerte de quien hasta ese momento aparecía como el crítico personal más firme a la dictadura lanzó a la gente a la calle a expresar con violencia su rabia acumulada—marchando, gritando, rompiendo, quemando, lanzando su ira de manera inorgánica pero unidireccional, con una mezcla de conciencia e instinto, contra los personeros y las propiedades de la dictadura. “Yo empecé a participar después de la muerte de Pedro Joaquín. Antes los que participaron, pues, uno no los conocía; los que salían eran muy callados y concretos. No habían estas masas de ahora . . . todo esto. Esto empezó ya con la muerte de Pedro Joaquín. Ya, pues, era un agitantamiento; fue entonces cuando la gente ya no tenía miedo, una manifestación tras otra; hasta quemaron casas y fábricas y todo.”<sup>23</sup>

Las movilizaciones callejeras no eran algo nuevo en la lucha contra la dictadura. Sobre todo durante la década de los 70, el FSLN había impulsado marchas estudiantiles, movilizaciones campesinas, tomas de escuelas y de iglesias, y similares. Sin perjuicio de su eficacia agitadora y propagandística, se trataba de formas de protesta que reclutaban a sectores específicos de la población y que apuntaban a objetivos determinados: libertad a los presos políticos, denuncia de las torturas y desapariciones, etcetera; su creciente anclaje en el pueblo no impedía ver que todavía en amplios sectores de las masas privaba el miedo a aceptar los riesgos que implicaba incorporarse a estas formas de lucha—caer preso o desaparecer, ser golpeado y torturado, perder la vida.

El asesinato de Pedro Joaquín Chamorro terminó con todo esto. Es evidente que algo en el corazón y en la razón de las masas se quebró definitivamente con ese crimen, que para muchísima gente del pueblo esa muerte fue la prueba final, contundente, brutal de que nadie estaba a salvo de la dictadura, de que no había posibilidad de escapatoria al margen de la eliminación de la dictadura y de una acción directa de las propias masas. No era solamente el dirigente de UDEL, o el director de *La Prensa*, o el hombre internacionalmente respetado quien había sido asesinado: “Esa noche, yo tuve la sensación de que más que a Pedro Joaquín, era a la oposición a Somoza a la que habían matado.”<sup>24</sup>

En todo caso era un tipo determinado de oposición lo que moría

con Chamorro: la de los cambios dentro del sistema social vigente, de la modernización reformista, del capitalismo sin corrupción y sin excesos represivos. Para las masas, morían la esperanza, o la fantasía, del cambio sin esfuerzos propios y la ilusión de la suficiencia del esfuerzo ajeno, e irrumpía violenta la convicción de que ya no había otra oposición que la revolucionaria.

Desde ese momento el pueblo no habría de abandonar las calles. Un mes después la represión en Monimbó a una movilización con motivo de un nuevo aniversario del asesinato de Augusto C. Sandino, iniciaría la integración orgánica de las mayorías populares con el FSLN: si las masas se lanzaron espontáneamente a las calles, se consolidaron en ellas y triunfaron contra la dictadura a través de la organización y las armas sandinistas.<sup>25</sup> Lo que en octubre 1977 fueron acciones de vanguardia y en enero 1978 una explosión de masas, a partir de Monimbó y Masaya sería una insurrección revolucionaria:

Para ese entonces ya sabíamos que andaba por aquí el Frente Sandinista, pero había quienes nos imaginábamos que iban a venir aquí en columnas, o algo así. Fue hasta después que nos dimos cuenta de que el Frente éramos nosotros; que ellos iban a orientar, pero que éramos nosotros, al lado de ellos, los que teníamos que luchar. . . . La lucha de nosotros era la lucha de todo el pueblo. Solo creíamos en el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Nosotros nunca vimos combatiendo a esos burgueses que ahora dicen que ayudaron. Nosotros nunca vimos a los que dicen que son de los Derechos Humanos. Nosotros nunca vimos a nadie más que a nuestros hijos, que eran y son el Frente.<sup>26</sup>

Desde el punto de vista de las fuerzas internas, lo que diferencia a Nicaragua de otras dictaduras ominosas y de otros procesos insurreccionales es, en mi hipótesis, la existencia de una organización revolucionaria consolidada y legitimada por casi dos décadas de lucha contra el somocismo. El impacto en la conciencia de la gente del ejemplo de lucha contra el poder dictatorial y contra la injusticia siempre es grande. La respuesta colectiva puede no ser inmediata, pero el arrojo y el sacrificio de los primeros crean paulatinamente las condiciones para la incorporación (lenta al principio, masiva al final) del pueblo.<sup>27</sup> Y al mismo tiempo, la presencia de la organización revolucionaria significó que cuando finalmente la gente se lanzó a las calles, hubo una estructura que sirvió de soporte a la rebelión, la organizó, la armó, le dio continuidad y la potenció.

Es indudable que en el inicio del tramo final de la lucha contra la dictadura estuvieron presentes elementos de espontaneidad en la gente. De acuerdo al Instituto de Estudio del Sandinismo, "La sublevación de febrero [1978] en Monimbó tuvo . . . un carácter altamente espontáneo. . . . El Frente Sandinista no condujo, no dirigió orgánicamente la lucha del pueblo en las acciones mismas, y en el inicio de éstas, más que una decisión de la vanguardia, fue una acción vital de

una comunidad que espontáneamente revalidaba su tradición de lucha”(IES 1982b, 54).<sup>28</sup>

Sin embargo, esos estallidos tuvieron lugar en un terreno preparado por las movilizaciones de masas, la propaganda y el ejemplo combativo del FSLN, y en un clima político general que denotaba la inmediatez del avance revolucionario. Después de Monimbó, la fracción “tercerista” o “insurreccional” del FSLN decidió desarticular sus guerrillas rurales y trasladar todos sus cuadros militares al frente de la lucha de masas. Según el Comandante Humberto Ortega, uno de los máximos dirigentes de esa tendencia, esto significó que “compañeros fogueados en la guerrilla, experimentados en el arte militar, en las emboscadas . . . llevaron al trabajo de las masas una sólida experiencia militar. Entonces, ya en setiembre se da la insurrección salida en gran parte de aquella guerrilla” (Ortega 1980, 30).

Sobre la base de estas experiencias, a principios de enero 1979 el FSLN comenzó a planificar minuciosamente el complejo operativo militar de la insurrección en Managua, que se lanzaría seis meses después. En un meticuloso estudio del terreno, fueron tomadas las decisiones relativas al barrio o barrios en que se iniciaría la insurrección, qué barrios actuarían como apoyo y retaguardia, dónde se ubicarían las trincheras y barricadas, cómo se construirían las barricadas, y decisiones semejantes.<sup>29</sup> Nada, o muy poco, fue dejado al azar o a la improvisación.

La historia del FSLN es sin dudas una historia de enfrentamiento armado a la dictadura somocista, pero también es una historia de organización campesina y obrera, de luchas barriales y estudiantiles, de defensa de los derechos humanos y las libertades civiles. El protagonismo de las masas desde principios de 1978 fue al mismo tiempo fructificación del trabajo y del ejemplo precedentes y abono para formas más organizadas y masivas de lucha. La reflexión del Comandante Henry Ruiz sobre la incorporación de los campesinos a la lucha sandinista es válida asimismo para la ciudad: “El campesino . . . respondió como por arte de magia, donde no había más magia que la actividad permanente de los años que nosotros estuvimos en la montaña” (Ruiz 1980).

#### NOTAS

1. “Después de la catástrofe que hubo—narra una damnificada—se vio la cantidad de muertos, de niños, de madres, la escasez de alimentos, de agua. No hubo protección de parte de nuestras autoridades de esa época, de la dictadura somocista. Estas personas se dedicaron más bien a tomar todo lo que venía en ayuda de Nicaragua, y nosotros prácticamente andábamos desnudos, nos dejaban sin amparo. . . . Nosotros fuimos a Chinandega y llegamos a una escuela donde estaba bastante gente de Managua. La gente en estos días estaba traumatizada, nerviosa, enferma, y en vez de llegar a dar un aliento se nos llegaron los guardias a decir que tenemos que



- trabajar, ya que no podíamos vivir allí toda la vida . . . Nos dieron veinticuatro horas para lanzarnos y tuvimos que desocupar y dormir en la calle. La misma Guardia nos sacó. Dormimos en las calles hasta que cada uno podía encontrar dónde ir a meterse, ya por su cuenta." Testimonio recogido por Maier (1980, 31–32).
2. Diversos estudios indican que el uso del término *proletariado* era considerablemente vago e impreciso en la Europa capitalista de la primera mitad del siglo XIX. Cf. Moore (1978, 134, 137–38); Hobsbawm (1962, cap. 11), etcetera.
  3. Pero si los trabajadores son vistos como empresarios, en compensación los empresarios son vistos como trabajadores: "En Masaya falleció el *líder obrero* y destacado intelectual don . . . , *propietario* de la tipografía 'El Heraldó' " (*La Prensa*, 18 de julio 1983). Los subrayados son míos.
  4. "La pequeña burguesía se identifica totalmente con la revolución . . . en la medida en que el movimiento revolucionario, el movimiento obrero, el movimiento popular en su conjunto, tenga una gran fortaleza. . . en la medida en que el movimiento revolucionario se fortalezca o se debilite la pequeña burguesía oscila. Cuando el movimiento revolucionario está fuerte siempre tiende a abrazar los intereses revolucionarios y si nosotros nos empeñamos por educarlos, por inculcarles la disciplina, el ejemplo, la técnica, la abnegación del proletariado, podemos tenerla a nuestro lado permanentemente." Comandante C. Núñez (1980).
  5. Se trata del Programa "Héroes y Mártires" del Instituto Nicaragüense de Seguridad Social y Bienestar (INSSBI). El programa cuenta con un registro de seis mil casos; cada uno de ellos se compone de un conjunto de documentos, informes, declaraciones de familiares, vecinos y gente que conoció al combatiente en diferentes momentos de su vida; informes de trabajadores sociales del INSSBI sobre estas circunstancias; testimonios o acreditaciones del CDS (Comité de Defensa Sandinista) respectivo; partidas de nacimiento del combatiente y de los peticionantes; y en general cuanta documentación acredite el vínculo familiar y la participación del caído en la lucha contra la dictadura. Obra asimismo en cada expediente la constancia del FSLN de que el combatiente estaba encuadrado en dicha organización, aunque personalmente creo que en este aspecto el FSLN optó por un criterio amplio. Es importante señalar que el fundamento de la pensión o subsidio es el hecho de la participación en la lucha contra la dictadura y la existencia de vínculos familiares directos, independientemente del nivel de vida o la condición social del peticionante. El análisis que se lleva a cabo en este trabajo se basa en una muestra aleatoria simple de 640 casos, extraída a partir de una tabla de números aleatorios.
  6. Esto se advierte asimismo en las placas recordatorias emplazadas en Managua y otras ciudades: la gran mayoría se refiere a combatientes hombres. Véase Maier (1980, cap. 2) para una discusión de los diferentes modos de participación de hombres y mujeres en la insurrección.
  7. La información sobre el tipo de filiación proviene de las partidas de nacimiento de los combatientes. La muestra fue aquí más pequeña ( $N = 98$ ), posiblemente debido a la inexistencia de registros de población en las áreas rurales y en la mayoría de los poblados pequeños, y a que en definitiva la inscripción de los nacimientos parece ser una práctica poco frecuente en amplios sectores de la población. La información sobre el tipo de familia se obtuvo para 388 casos (61 por ciento).
  8. Una gran cantidad de familias de las que se obtuvo información tiene más de seis hijos cada una.
  9. El caso de Luisa Amanda Espinoza es ilustrativo: "El 19 de agosto de 1948, en Managua, doña Antonia Espinoza da a luz a Luisa Antonia, conocida como Luisa Amanda. En el Barrio El Calvario, Managua, y en condiciones de marginación económica y social, crece Luisa Amanda. La madre, mujer humilde, lavaba y planchaba para ayudar a la sobrevivencia de la familia. . . . A los 7 años de edad [Luisa Amanda] se traslada a Granada, a casa de Nicolás Gutiérrez, un tío materno, dueño de una panadería, quien tenía una mejor situación económica. Aquí Luisa Amanda va a la escuela primaria y trabaja vendiendo pan en las calles. De 12 años de edad regresa a Managua, al Barrio San Luis donde vivía su mamá. Empieza sus estudios de comercio en el Instituto Centroamericano. . . . Cuando la familia Espinoza se traslada a vivir al Reparto Amanda, . . . para no dejar los estudios Luisa Amanda se

- queda viviendo en el Barrio San Luis, en casa de Doña Carmen, quien vendía comida en el barrio y colaboraba con el FSLN. . . . Luisa Amanda se vincula con el FSLN en esta casa, la que era visitada por el Jefe de la Revolución, Comandante Carlos Fonseca . . . y otros compañeros dirigentes de la Vanguardia. Su primera labor fue de correo, llevaba correspondencia a los compañeros clandestinos y era contacto entre las casas de seguridad en Managua" (DPEP del FSLN 1981, 3–4). Luisa Amanda Espinoza, una de las primeras mujeres en incorporarse activamente al FSLN, del cual fue destacada militante, murió en combate contra la Guardia Nacional en León el 3 de abril 1970. Aún no había cumplido veintidos años. La Asociación Nacional de Mujeres lleva, en su homenaje, su nombre.
10. Sobre las tasas de analfabetismo y deserción escolar, véase Vilas (1982).
  11. Debe destacarse que 37 por ciento de los casos que figuran como estudiantes son en realidad trabajadores que estudian por la noche (92 casos). Estos participantes fueron ubicados en la categoría ocupacional correspondiente, quedando como estudiantes sólo los que no trabajan o de cuyo trabajo no existe información (156 casos).
  12. Aunque por *padres* se hace referencia a padre y madre, la información sobre éstas es más difícil de discernir. En casi 65 por ciento de los casos para los que hay datos, la madre aparece desempeñando "oficios domésticos," una denominación que abarca actividades que pueden ser remuneradas o no (lavado y planchado de ropa por ejemplo), según se realicen para la casa propia o para terceros, pero sin que esta circunstancia conste en los registros.
  13. Véase por ejemplo Arellano (1969).
  14. El texto data de 1977. Véase asimismo Cabezas (1982), caps. 1 a 6.
  15. "Desgraciadamente nuestro país históricamente ha sufrido el flagelo del desempleo, y recordamos con qué facilidad un obrero o un campesino brindaba su casa para tener escondidos a combatientes sandinistas clandestinos, o se prestaba a trasegar armas, a participar en acciones riesgosas, y cómo se negaba cerradamente a ir a convertirse en agitador a su centro de trabajo y de su sindicato, temeroso de perder su empleo. Había una lógica práctica que sólo la vivencia directa con la masa permite entender. Podemos sintetizar una conversación con un compañero obrero que nos decía: 'Si a mí me detectan en este trabajo con el FSLN, yo me voy a la clandestinidad. Si me voy a la clandestinidad, yo no vuelvo a ver a mi mujer y a mis hijos, y a lo mejor se mueren de hambre, pero no lo estoy viendo. Y si me corren del trabajo, ¿cómo aguanto yo de ellos la demanda de comida, el pago de la casa, estando todo el día en la casa?' Esto no aparece en los libros. Generalmente las particularidades de las revoluciones no aparecen en los libros. De ahí que la participación de los trabajadores en nuestro país se desarrolló más en formas organizativas clandestinas o semi-clandestinas, se desarrolló más vinculada al enfrentamiento frontal contra la dictadura y su aparato represivo, que en ese marco de lucha reivindicativa en el que muchos quieren encontrar retratada la participación de las clases fundamentales de la sociedad" (Cte. B. Arce, 1980, 25–26).
  16. Esto fue advertido por Carlos Fonseca: "Según vienen sucediendo las cosas en Nicaragua, el Frente Sandinista se convierte en un destacamento de vanguardia pero también en algo más que un destacamento de vanguardia, al cumplir también las veces de destacamento del pueblo, o sea, un movimiento nacional. Tal vez sea apropiado calificar a nuestro destacamento de proletario-popular" (Fonseca 1981, 309).
  17. Testimonio de un trabajador de cuarenta y siete años, recogido por el autor.
  18. Testimonio de un habitante del barrio Riguero (Managua), recogido por el antropólogo Bernardo Albrecht.
  19. *Ibid.*
  20. Testimonio de una madre de Estelí, recogido por el autor.
  21. Me refiero a varias intervenciones en el XIV Congreso Latinoamericano de Sociología (San Juan de Puerto Rico, octubre 1981) y en el XI Congreso Internacional de LASA (México, setiembre 1983).
  22. Una investigación efectuada a mediados de la década de 1970 permite vislumbrar este desfase entre obreros y dirigentes sindicales de la industria textil. Si bien las bases aparecen con una óptica mucho más reivindicacionista que los dirigentes—en el sentido que visualizan el sindicato sobre todo como instrumento para obtener

mejoras salariales, ocupacionales, educativas—la politización de la dirigencia resulta ser más abstracta, menos ligada a los datos de la sociedad real. Todos los dirigentes contestaron que su objetivo era vivir “en una sociedad sin diferencias de clase,” frente a 11 por ciento de los obreros; asimismo 50 por ciento de los dirigentes señaló al sistema capitalista como responsable de la mala situación de los trabajadores, frente a sólo 3 por ciento de las bases. Pero 39 por ciento de los obreros respondió que para alcanzar una sociedad mejor era necesario cambiar de gobierno, frente a 17 por ciento de los dirigentes. Cinquenta por ciento de los obreros contestó que los ricos tienen mucho dinero “porque explotan a los pobres,” y otro 18 por ciento “porque han robado”—es decir 77 por ciento en conjunto—mientras que entre los dirigentes ambas respuestas sólo suman 25 por ciento, pero otro 33 por ciento respondió que deben su riqueza a que “son trabajadores.” Finalmente, a la pregunta “¿Qué partido cree que va a ganar popularidad entre el pueblo en los próximos años?,” 37 por ciento de los obreros contestó “FSLN,” convirtiéndolo en la organización más “votada,” mientras que la mitad de los dirigentes planteó la necesidad de crear un partido clasista, “de los trabajadores,” y ninguno mencionó al FSLN (Pasos 1977).

23. Testimonio recogido por Maier (1980, 93).
24. Testimonio de un dirigente del Movimiento Pueblo Unido, recogido por el autor.
25. “La verdad es que siempre se pensó en las masas, pero se pensó en ellas más bien como un apoyo a la guerrilla, para que la guerrilla como tal pudiera quebrar a la Guardia Nacional, y no como se dio en la práctica: fue la guerrilla la que sirvió de apoyo a las masas para que éstas, a través de la insurrección, desbarataran al enemigo.” Comandante H. Ortega (1980).
26. Testimonio de una madre de Masaya, en *Los Muchachos* 9 (febrero 1983): 6–8.
27. Varios testimonios recogidos por el autor en la ciudad de Matagalpa en setiembre 1980, y en Managua, sugieren que muchos jóvenes se lanzaron a pelear en setiembre 1978 y en junio-julio 1979 reclamándose del FSLN pero sin tener en realidad vinculación orgánica con el Frente, e incluso sin conocer a combatientes o miembros del mismo. Fue al calor del combate que muchos jóvenes tuvieron su primer contacto con el FSLN. Esto nos permite pensar que, para esta gente, el FSLN era algo así como el sinónimo de la lucha contra Somoza.
28. Tan pronto conoció la insurrección espontánea de Monimbó, el FSLN (insurreccional) destacó a varios de sus cuadros para apoyar y consolidar la rebelión popular. Estos cuadros lograron atravesar el cerco que la Guardia había tendido en torno al barrio, pero fueron detectados en cambio por las patrullas de autodefensa de la población, y hechos prisioneros por ellas. Esto se debió, según los propios participantes, a que los enviados del Frente no eran conocidos por la gente de Monimbó, estaban armados, y llevaban bastante dinero. Sometidos a un prolongado interrogatorio, fueron dejados en libertad cuando la población se convenció de que efectivamente eran miembros del FSLN y no infiltrados por la Guardia Nacional. Para esto fue decisiva la intervención de un viejo colaborador del Frente, de activa participación en la insurrección, y que desde octubre 1977 había perdido contacto orgánico con el FSLN pues su “responsable” había muerto en esa fecha en un intento del Frente por tomar por asalto el cuartel de la Guardia Nacional en Masaya (véase IES 1982b). Me parece que esta anécdota ilustra bien la compleja relación entre organización y espontaneidad que caracterizó a estas primeras experiencias insurreccionales.
29. El responsable de esta tarea fue Cristian Pérez, uno de los mejores estrategas de la guerra insurreccional urbana del FSLN. Cristian Pérez no pudo ver, sin embargo, la coronación de su trabajo: murió en combate con la Guardia Nacional en mayo 1979, días antes del lanzamiento de la insurrección final.

REFERENCIAS

- ARCE, B.  
1980 *El papel de las fuerzas motrices antes y después del triunfo*. Managua: Secretaría del FSLN.
- ARELLANO, J. E.  
1969 "El estudiante y la revolución." *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* 105 (junio): 7-14.
- ARGUELLO, A.  
1979 "Posturas de los cristianos frente al proceso revolucionario nicaragüense." En *Fé cristiana y Revolución Sandinista en Nicaragua*. Managua: Instituto Histórico Centroamericano, págs. 79-98.
- BOOTH, J.  
1982 *The End and the Beginning: The Nicaraguan Revolution*. Boulder, Colo.: Westview Press.
- CABEZAS, O.  
1982 *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua.
- CTM/INSSBI (CENTRO TUTELAR DE MENORES DEL INSTITUTO NICARAGÜENSE DE SEGURIDAD SOCIAL Y BIENESTAR)  
1983 "Investigación de menores en situación de riesgo." Managua. Manuscrito.
- DE FRANCO, M., Y C. F. CHAMORRO  
1979 "Nicaragua: crecimiento industrial y desempleo." En *El fracaso social de la integración en Centroamérica*. San José: EDUCA.
- DE FRANCO, M., Y M. HURTADO DE VIJIL  
1978 "Algunos aspectos del funcionamiento socioeconómico de Nicaragua." *Revista del Pensamiento Centroamericano* 159 (abril-junio): 37-104.
- DREYFUS, E.  
1982 "Discurso en la asamblea anual del Instituto de Desarrollo Económico (INDE)." *La Prensa*, 14 de marzo.  
1983 "Discurso al concluir su mandato como presidente de INDE." *La Prensa*, 18 de marzo.
- FONSECA, C.  
1981 *Bajo la bandera del Sandinismo: escritos políticos*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua.
- FSLN (FRENTE SANDINISTA DE LIBERACION NACIONAL)  
1981 *Luisa Amanda Espinosa, mujer de vanguardia*. Managua: DPEP del FSLN.
- HOBBSAWM, E.  
1962 *The Age of Revolution*. London: Weidenfeld & Nicolson.
- IES (INSTITUTO DE ESTUDIO DEL SANDINISMO)  
1982a *Porque viven siempre entre nosotros*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua.  
1982b *La insurrección popular sandinista en Masaya*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua.
- INCAE (INSTITUTO CENTROAMERICANO DE ADMINISTRACION DE EMPRESAS)  
1973 *Consecuencias económicas del terremoto de Managua*. Managua: INCAE, doc. NI/PL/001.
- INEC  
1979 *Encuesta Anual de la Industria Manufacturera*. Managua: INEC.
- MAIER, E.  
1980 *Nicaragua: la mujer en la revolución*. México: Ediciones de Cultura Popular.

MOORE, JR., B.

1978 *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*. White Plains, N.Y.: M. E. Sharpe.

NUÑEZ, COMANDANTE C.

1980a "La Revolución y las organizaciones de los trabajadores." En *La Revolución a través de nuestra Dirección Nacional*. Managua: Secretaría del FSLN.

1980b *El somocismo: desarrollo y contradicciones del modelo capitalista agroexportador en Nicaragua (1950-1975)*. La Habana: Centro de Estudios sobre América.

1982 "La ideología como fuerza material y la juventud como fuerza ideológica." En *Estado y clases sociales en Nicaragua*, págs. 125-47. Managua: ANICS/CIERA.

ORTEGA, COMANDANTE H.

1980 "La insurrección nacional victoriosa." *Nicaráuac* 1 (mayo-junio): 26-57.

PASOS, M.

1977 "Grado de desarrollo de conciencia de clase sindical de un grupo de obreros de Managua." Managua: Escuela de Sociología de la Universidad Centroamericana. Mimeografiado.

RANDALL, M.

1980 *Todas estamos despiertas: testimonios de la mujer nicaragüense de hoy*. México: Siglo Veintiuno.

RUIZ, H.

1980 "La Montaña era como un crisol donde se forjaban los mejores cuadros." *Nicaráuac* 1 (mayo-junio): 8-24.

SMUTKO, G.

1980 *Los héroes y mártires de Bluefields*. Bluefields: CEBIC.

TALAVERA, J. L.

1979 "Nicaragua: crisis de la dictadura militar (1967-1978)." *Estudios Sociales Centroamericanos* 23 (mayo-agosto): 213-44.

TEFEL, R.

1978 *El infierno de los pobres*. 4a ed. Managua: El Pez y la Serpiente.

VILAS, C. M.

1982 "Educación en la Revolución." *Cuadernos de Investigación Educativa* (México) 6 (agosto): 97-128.

WHEELOCK, J.

1976 *Imperialismo y dictadura*. México: Siglo Veintiuno.